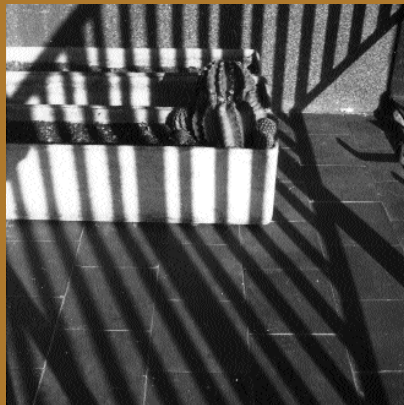




NO CREO EN LA ETERNIDAD, MAS SI ALGO HA DE QUEDAR DE LO QUE FUIMOS ES EL AMOR QUE PASA. A.G.

Cinco poemas para Ángel González

por José María Ciordia





© JOSÉ MARÍA CIORDIA ARTOLA. Texto, imágenes y diseño
EDICIÓN SIN ÁNIMO DE LUCRO

EDICIONES DE LA MALA VIDA

para
Ángel González
por su poesía

Zaragoza, agosto de 1996

Neorrealismo y naïf

Mi corazón va soltando amarras de tu lado. Cada noche, cuando llego a casa, descubro desconcertado la falta de una de ellas. Y me duele como los puntos que le quitan a un enfermo. Salgo a buscarla entonces por las calles, a la luz de las farolas. Pero pronto me canso. Y me voy a la cama pensando si al despertar aún seré yo, o un desconocido con mi misma cara.

Tal vez uno igual a mí que ocupará mi lugar entre los vivos. Y este yo pequeñito que voy dejando morir... ¿despertará en *El prado de las almitas felices*? Allí triscará feliz con los corderos, hará cabriolas y molinetes riendo, y se encontrará con tu otra almita, la de entonces, para —aligerados de todo— ser felices y eternos para siempre.

Armario con cadáveres

Algunas tardes
me tomo vacaciones de mí mismo.
Por unas horas lo dejo todo
y, con paso sereno, me voy al fondo de la casa
en donde guardo
un armario lleno de cadáveres.

Lo abro y, locos de alegría,
me saltan encima moviendo el rabo.
Los que saben andar me siguen
y a los otros los llevo
—pequeñitos como son—
delicadamente entre mis brazos
(siempre hay alguno que, travieso,
prefiere viajar en mis bolsillos
mirando al suelo con ojos como platos).

En el salón se dedican
a sus juegos favoritos, mientras yo
—por razones del rango y de la edad—
me siento en el sofá y simplemente los miro.
Uno rema dentro de un zapato,
otros se aman,
allí estamos tú y yo,
felices —como nunca lo fuimos—
en un viaje que no haremos,

y a mi lado se sientan cuatro niños:
son los hijos que ya nunca tendremos.
Marta, Raúl...
me miran con la boquita cerrada
y los ojos abiertos.
A menudo me preguntan dónde está mamá

y yo les digo que vendrás muy pronto.
(No puedo decirles la verdad:
se morirían si supieran
que están muertos,
y yo me quedaría aún más solo sin ellos).

Me gusta tocarlos, frotar su pelo suave,
olerlos,
hacerles cosquillas y su risa
como cantos de río.
Un día les enseño a repetir
«alfa, beta, gamma...»
y otros días cantamos o hablan ellos.

Al cabo de unas horas
se van durmiendo todos,

unos en el sofá, alguno entre mis brazos.
Y, saciado de autocomplacencia,
me los voy llevando a todos
al fondo de la casa una vez más.

P.D. No te ocultaré que algunas veces,
con la mano en el pomo,
a punto de hacer la oscuridad sobre su sueño,
me gustaría ser uno de ellos,
quedarme dentro y soñar,
ya no ser nada,

sino un cadáver más en el fondo de tu armario.

Cuando llegue el día...

Cuando llegue *El día de las palabras no dichas*,
(imagina una dulce
comedia del Holliwood más dulce),
cuando el Dios que no existe
se enrolle de una vez
y me dé un gusto

elegiré girar en la almohada la cabeza
y encontrarte a mi lado
aquella noche.

Llevarás las bragas negras
y el mismo jersey verde
con el cuello de cisne.
Sonreirás como si fueras
a quererme siempre,

y —donde entonces callé—
diré esta vez:
«Soy más fuerte que mi orgullo.
Este es mi corazón:
hazlo picadillo
si es tu voluntad.
Tiene siete muertes como un gato.»

Si me dejan elegir, haré a tu simulacro
más sabio que tú misma:
achicará tus ojos la ternura
y abrirás, en sólo un gesto,
los brazos y las piernas
para anegarme en ti.

Y yo —anegado—

chuparé tus ojos, tus labios,
tu barbilla,
hundiré mi lengua
en el pozo de tu boca,
y chocaremos, como brutos,
mi vientre contra tu vientre
chorreando amor.
Hasta agotarnos.

Y no me soltarás,
ni querré yo soltarme de tu abrazo.
Y dormiré anegado en ti,
y tú anegada en tu misterio.

*El día de las palabras no dichas,
ahora mismo, ayer, mañana, nunca.*

Cuando tu ausencia...

Cuando tu ausencia
se me hace a veces tan presente,
me gustaría
poder convertir tu recuerdo
en una estatua de sal,

para depositarla en el suelo
y salir corriendo.
Hacer largos caminos y llegar
muy lejos.
Y cuando ya nada reconozca,
pararme
desnudo en un campo de hierba,
con un valle a mis pies;
comer un puñado de flores blancas
y, lotófago feliz,

descender hacia su centro
con la sonrisa
del extranjero que ya nada recuerda.

O bien
plantarme ante el espejo;
con un escalpelo dibujar
la línea exacta de la frente,
y hundirlo dentro
hasta extirpar
el lóbulo en que habitas.

Pero no puede ser,
así que sólo me queda mirar
el frente de una bala
—ya ves tú—

y marcharnos tu recuerdo y yo,
cogiditos de la mano,
al país de los libros
en los que todo es mentira.

Es sólo, ya lo sabes, que no quiero:
he llegado con el tiempo
a ser uno con mis vicios,
y echaría de menos
el gusto de un cortado,
una risa cómplice y las películas tiernas,

y sobre todo a este amor que me da vida
por más que tontamente yerre
una vez y otra su destino.

Ref. Corazón Desbocado

Chico fiel y muy, muy tierno busca chica inteligente,
buena y con sentido del humor para partirse el corazón
por ella. Hay rosa para las cinco primeras.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de agosto de 1996. Se utilizaron los tipos Aldus LT Standard para el texto y City Medium para los títulos; Gill Sans Condensed Regular y Bauer Bodoni Black en la portada, y Snell Roundhand Script en el colofón. Edición restringida de 12 ejemplares numerados y firmados por el autor

Ejemplar N^o